

FRATELLI D'ITALIA: ENTRE LA HERENCIA NEOFASCISTA, EL POPULISMO Y EL CONSERVADURISMO

Marco Tarchi

Università degli Studi di Firenze

marco.tarchi@unifi.it

<https://orcid.org/0000-0003-3644-1986>



¿Un nuevo partido o el último capítulo de una larga historia?

Como era fácil prever, el éxito obtenido en las elecciones legislativas del 25 de septiembre de 2022 (26% de los votos, 118 diputados y 66 senadores elegidos) y el nombramiento de su líder Giorgia Meloni como primera ministra encendieron, mucho después de la atención mediática, el interés de los círculos académicos por el estudio los Fratelli d'Italia (FdI). Hasta

un año antes de la cita electoral, la producción de libros y artículos sobre el tema había permanecido limitada a trabajos periodísticos, no exentos en algunos casos de intenciones apologéticas o propagandísticas,¹ y a la autobiografía de la principal protagonista del ascenso de un partido que, al menos hasta 2019, había sido considerado por los observadores como marginal y destinado a desempeñar un papel secundario no sólo en el marco del sistema político italiano, sino también dentro de la coalición de

centro-derecha, liderada entonces por la Lega de Salvini.² En el ámbito científico, las citas habían sido escasas y se habían limitado en su mayoría a menciones rápidas en artículos de alcance más general.³ Por otro lado, la formación del gobierno presidido por Giorgia Meloni provocó una gran floración de contribuciones –libros y artículos publicados en revistas internacionales–,⁴ que abrieron una primera oportunidad de debate sobre la aún breve historia del partido, las razones de su nacimiento y los factores que le permitieron convertirse, en menos de diez años, en el partido más votado por los italianos. Sobre todo, la discusión se centró en la identidad del Fdl, los fundamentos ideológicos de su discurso político y el contenido de sus programas. Con una pregunta fundamental: ¿estamos ante un partido nuevo, al menos en parte, o simplemente ante el último y más moderno representante de una tradición que hunde sus raíces en un capítulo de la historia italiana abierto, hace un siglo, por el advenimiento del fascismo? O, dicho de otro modo, ¿pertenece todavía Fratelli d'Italia al ámbito del neofascismo o debe considerarse un exponente de la familia de la derecha radical populista? ¿O debería verse como la expresión de un nuevo género híbrido, que combina algunos aspectos de la antigua extrema derecha, otros del nacional-populismo que ha florecido en casi todos los países europeos desde la década de 1990 y otros del conservadurismo?⁵

Quienes apoyan la primera de estas hipótesis señalan que gran parte de los exponentes del partido –su presidenta, más de tres cuartas partes de los miembros de los órganos de gobierno, muchos de sus representantes en el parlamento y en los consejos regionales y municipales– proceden del Movimento Sociale Italiano (MSI) o de Alleanza Nazionale (AN), y que en los discursos oficiales de la líder, incluso ahora que está al frente del gobierno, son frecuentes las referencias a la «larga historia» de la que es

heredero el Fdl. Además, la sede donde el partido tiene actualmente sus oficinas centrales es la misma que había albergado a sus predecesores, en el número 39 de la Via della Scrofa de Roma, e incluso en el resto de Italia en muchos casos sus federaciones y secciones han permanecido, o regresado, a los locales donde antes estaba Alleanza Nazionale. Para algunos observadores, estos elementos bastarían por sí solos para establecer una relación de continuidad sustancial entre el presente y el pasado. E incluso el primero de los académicos que abordó el estudio del MSI de forma científica, en 1989, el politólogo de la Universidad de Bolonia Piero Ignazi, al examinar los documentos y programas de Fratelli d'Italia, apoya esta interpretación.

En el epílogo de la reciente nueva edición de su libro más conocido, *Il polo escluso*, en el que trata de resumir la evolución de la «derecha nacional» italiana en los últimos 33 años (de 1990 a 2022), Ignazi sostiene que el partido de Giorgia Meloni no es más que el producto de nostálgicos del pasado missino que,⁶ aunque no lo declaren abiertamente, pretenden simplemente resucitar Alleanza Nazionale. Las etapas de su trayectoria desde diciembre de 2012 hasta hoy se consideran otros tantos pasos en el «camino seguro de una nostalgia más o menos velada, salpicado de abundantes dosis de soberanismo euroescéptico e impulsos xenófobos y securitarios». Las tesis expresadas en la moción del segundo congreso del partido en 2017 (a la que volveremos) para él «denotan una íntima sintonía sentimental e ideológica con el neofascismo, del que se reclama una continuidad ideal». Y de esta «irresuelta relación con el pasado» no se libraría el partido ni siquiera después, exhibiendo una «visión populista y conspirativa» y un «sustrato antiliberal», que la «cautivadora utilización de su figura como exponente político entregado, convencido y apasionado, pero rebosante de sentimientos maternales y amistosos» por

parte de Giorgia Meloni no haría sino disimular. Ciertamente, Ignazi reconoce que Fdl ha experimentado un cambio en su transición desde un papel de oposición a responsabilidades de gobierno, pero insinúa que podría ser «instrumental y coyuntural». Esta sospecha le lleva a centrar su atención principalmente en elementos que pueden reforzar su punto de vista, como los «tonos revanchistas, cuando no nostálgicos, propios de una comunidad que siempre se siente fiel a la «Idea», es decir, a la ideología fascista, más o menos recalibrada en la posguerra» que supuestamente caracterizaron la *convención* con la que Fratelli d'Italia el 14 de diciembre de 2022, celebró sus primeros diez años de vida y la «continuidad político-ideal con el MSI, idealizado como un partido democrático» mientras que, escribe el académico, «había sido definido acertadamente por el maestro de la ciencia política Giovanni Sartori como un partido 'antisistema'». ⁷

Otro argumento que se cita a menudo en el debate sobre las connotaciones ideológicas de Fratelli d'Italia es la presencia, en su símbolo, de la llama tricolor, que el MSI adoptó desde el principio y que, a pesar de los fuertes debates internos y las presiones externas, AN mantuvo hasta que decidió disolverse y unirse al Popolo delle Libertà, el efímero partido único de centro-derecha querido y dirigido por Silvio Berlusconi. Incluso quienes admiten la evolución que ha experimentado el partido a lo largo de su década de existencia no pueden dejar de constatar que, también por esta característica, el Fdl no puede dejar de ser calificado como «el tercer partido de la llama» ⁸ y, por tanto, vinculado, en cierta medida, a los acontecimientos del neofascismo italiano. La afirmación es sin duda compartible, pero para entender cómo y por qué Fratelli d'Italia ha conseguido emanciparse de la historia a la que pertenece, es necesario observar la complejidad de la trayectoria de sus «antepasados» en la Italia de posguerra.

La larga marcha de la «derecha» italiana

Durante más de cincuenta años, el término «neofascismo» se utilizó casi exclusivamente en Italia para caracterizar la corriente política que en otros países se denominaba «extrema derecha». El propósito de esta denominación era circunscribir la dimensión del fenómeno a un deseo de venganza, o al menos de revancha, de quienes habían sido derrotados en la guerra civil que había ensangrentado el país desde septiembre de 1943 hasta abril de 1945 y se sentían, en el nuevo Estado republicano, en la condición psicológica de «exiliados en su patria». ⁹ Con la caída definitiva del fascismo y la muerte de Mussolini, no les quedó más remedio que cultivar la nostalgia de una época ya clausurada o aislarse en el resentimiento y el vano deseo de venganza. El 26 de diciembre de 1946, el nacimiento del Movimiento Social Italiano ofreció un hogar a esas decenas de miles de veteranos que habían luchado en el «bando equivocado», el bando perdedor, durante la guerra civil. Aunque se mostró incapaz, ya en las primeras elecciones legislativas del 18 de abril de 1948, de reunir los votos de la mayoría de los muchos italianos que habían mostrado su apoyo a Mussolini hasta la caída del régimen —y que ante los primeros indicios de la Guerra Fría habían decidido apoyar a la Democracia Cristiana (DC) para crear un «dique» contra el comunismo—, ese partido consiguió dar representación institucional a ese pequeño nicho de acérrimos seguidores póstumos del Duce, entrando en el Parlamento con un pequeño grupo de diputados y senadores.

El hundimiento del fascismo había traído consigo, sin embargo, otro efecto político crucial: había hecho desaparecer de la escena a la derecha «constitucional», heredera de una de las muchas almas del *Risorgimento*, cuyos exponentes, ante el impetuoso avance de los fascistas y la instauración del Estado autoritario,

se habían retirado de la vida pública o habían aceptado un papel de partidarios del régimen. Acusados de haber transigido con la dictadura, o de haber favorecido su advenimiento, los liberales moderados y los conservadores casi habían desaparecido de la escena. El sistema político republicano se había asentado, pues, sobre nuevas bases, articulándose principalmente en torno a un partido centrista con mayoría relativa (la DC), un partido de oposición alineado fuertemente a la izquierda, el Partido Comunista Italiano (PCI), el Partido Socialista (PSI), menos radical y menos fuerte, y un pequeño número de formaciones menores, entre ellas los republicanos y los socialdemócratas, destinados a actuar como aliados o rivales de los demócrata-cristianos según las circunstancias y la conveniencia del partido mayoritario. Formaciones más o menos efímeras —desde el Fronte dell’Uomo Qualunque, primer representante de la rica progenie del populismo italiano,¹⁰ hasta los diversos partidos monárquicos—¹¹ se irían insertando poco a poco en el estrecho espacio de la derecha, sin llegar nunca a ejercer una influencia real en la dinámica gubernamental. Sólo a costa de muchas discusiones internas, laceraciones y escisiones, provocadas por la negativa de muchos de sus exponentes a pactar con los «traidores» que en 1943 habían preferido al rey a Mussolini o a mitigar, en nombre de la «defensa de Occidente», la hostilidad hacia los antiguos enemigos de ultramar y aceptar la pertenencia de Italia a la OTAN, el MSI consiguió a principios de los años cincuenta integrarse en este espacio.

Durante medio siglo, el MSI ejerció así un importante monopolio sobre el espacio político-electoral de la derecha, sin conseguir, no obstante, desprenderse de la etiqueta de extremismo que le habían cosido sus adversarios. Los esfuerzos de su líder moderado Arturo Michelini (que permaneció en la cúpula del partido de 1954 a 1969) por alcanzar una alian-

za con liberales y monárquicos y dar vida a la llamada «gran derecha» fueron infructuosos, al igual que los intentos de insertarse, en función anticomunista, en coaliciones de gobierno dominadas por la DC. En algunas ocasiones, los demócrata-cristianos aceptaron los votos del MSI en el Parlamento para contrarrestar la deserción temporal de algunos de sus aliados de gobierno y conseguir aprobar leyes controvertidas, pero en la única ocasión en que el apoyo de los diputados y senadores del MSI resultó indispensable para poner en marcha el gabinete monocolor presidido por Fernando Tambroni, en la primavera de 1960, los demócrata-cristianos prefirieron forzar la dimisión del jefe de gobierno y allanar el camino a la primera coalición de centro-izquierda con los socialistas. El temor a ser acusados de connivencia con los fascistas era demasiado fuerte.

Estos fracasos suscitaron fuertes polémicas en el partido, que en algunos casos desembocaron en escisiones de los componentes más radicales. Sin embargo, ninguno de los grupos que intentaron desafiar el dominio del MSI en su «coto de caza» habitual a lo largo de las décadas consiguió nunca afianzarse territorialmente ni alcanzar cifras electorales significativas (además, pocos fueron los que intentaron enfrentarse a la prueba de las urnas), lo que llevó a la mayoría de ellos a recurrir a formas violentas de acción o a cultivar planes golpistas. La década de 1970, conocida como los «años de plomo», vio a algunos de estos pequeños movimientos implicados en la llamada «estrategia de la tensión», entre episodios terroristas y connivencia con sectores «desviados» del aparato de seguridad del Estado.

A partir de los sesenta, el MSI trató de acentuar sus referencias derechistas, hasta el punto de llegar a cambiar su nombre y símbolo en 1971 por Movimento Sociale Italiano-Destra Nazionale (MSI-DN), para adaptarse a lo que quedaba del último partido monárquico. Aun-

que siguió obteniendo representantes tanto en el parlamento como en los ayuntamientos en cada elección, y atenuó cada vez más sus referencias abiertas al fascismo, limitadas ahora a la retórica utilizada en las reuniones con la base militante y en los congresos, no consiguió salir de su marginalidad en el escenario político italiano. Ni siquiera el relanzamiento activista puesto en marcha por el secretariado de Giorgio Almirante (que duró de 1969 a 1987) consiguió romper su aislamiento, que lo estancó en cifras de consenso en torno al 5-6% —con la única excepción del 8,7% alcanzado en 1972—, incluso cuando en otros países europeos formaciones políticas nacidas en la extrema derecha, como el Front National de Jean-Marie Le Pen en Francia y el Freiheitliche Partei Österreichs de Jörg Haider en Austria, empezaban a renovar sus programas y a ampliar su consenso. Y este largo periodo de estancamiento provocó nuevos enfrentamientos internos, esta vez con la corriente más moderada que pretendía transformar el partido en una formación liberal-conservadora «normal» de derechas, con la consiguiente escisión, a finales de 1976, de la mitad de los grupos parlamentarios y el nacimiento de Democrazia Nazionale, destinada a desaparecer al cabo de sólo tres años, debido al irrisorio 0,6% recogido en las elecciones de 1979.¹² A partir de ese momento, y hasta principios de los años noventa, el MSI vivió una larga fase de inmovilismo, tanto político como electoral, aunque experimentó dos cambios de secretarios nacionales (Gianfranco Fini de 1987 a 1990, Pino Rauti en 1990-1991, y luego Fini de nuevo).¹³

Fue necesaria la crisis de los partidos tradicionales que siguió al escándalo Tangentopoli (el descubrimiento por la justicia de Milán de una extensa red de corrupción administrativa y de un sistema de financiación ilegal de los partidos) para cambiar este estado de cosas e inaugurar un nuevo capítulo en la historia de la

derecha en Italia. El largo alejamiento del MSI de los lugares de poder, debido al descrédito de las formaciones que habían gobernado el país durante casi cincuenta años, pasó de ser un motivo de debilidad a un punto de fuerza, permitiéndole reivindicar sus «manos limpias» frente a la deshonestidad del resto de la clase política. Y gracias a sus primeros éxitos electorales notables en 1993 en una serie de elecciones municipales, el partido, que siempre había sufrido el peso de su «identidad ilegítima»,¹⁴ consiguió finalmente, un año después, tras la entrada en escena de Berlusconi como federador de un amplio frente de fuerzas hostiles a la izquierda y la adopción de una nueva ley electoral, hacerse con un papel en el gobierno, cambiando posteriormente su nombre por el de Alleanza Nazionale y acentuando aún más su distanciamiento del fascismo.¹⁵

Mientras esto sucedía en Italia, en otros países europeos iba tomando forma lo que Ignazi proponía denominar la «extrema derecha postindustrial», a diferencia de la extrema derecha «tradicional», aún ligada al recuerdo y al culto del fascismo. Sin dejar de creer que ciertos rasgos antisistémicos y una ideología «deslegitimadora» hacia la democracia liberal estaban presentes en los partidos de esta familia, según Ignazi no podían ser vistos como «una revitalización del «mito palingenético» del fascismo [porque] ofrecen una respuesta a los conflictos de la sociedad contemporánea (y ésta es la clave de su éxito)». Para estas formaciones,

la defensa de la comunidad natural frente a la presencia extranjera (de ahí el racismo y la xenofobia) es sobre todo una respuesta en términos de identidad a la atomización y la despersonalización; la invocación de la ley y el orden, la apelación directa al pueblo y el enfado con los mecanismos representativos responden a la necesidad de autoridad y orientación en una sociedad en la que la autorrealización y el individualismo han desgarrado las mallas protectoras de los lazos sociales

tradicionales; la recuperación de los valores morales tradicionales es la respuesta al libertarismo postmaterialista.¹⁶

Como heredera directa del MSI, según Ignazi, Alleanza Nazionale no había adoptado esa forma innovadora, permaneciendo en el limbo de un «postfascismo» de contornos aún inciertos¹⁷ y que sólo más tarde iniciaría una verdadera evolución desde sus posiciones originales. Su nacimiento, sin embargo, puso fin al largo periodo de monopolio del neofascismo en la extrema derecha y mostró un escenario caracterizado por tres vías distintas y contrapuestas de desarrollo de lo que la literatura académica denominó radicalismo de derechas:¹⁸ *fundamentalismo ideológico*, conjugación con el *populismo* y *nacional-conservadurismo*.

El primero de estos caminos ha sido recorrido, desde el congreso de Fiuggi de enero de 1995 en el que se decidió la autodisolución del MSI por todas aquellas formaciones que se negaron a abandonar su identificación con la experiencia fascista y que, pese a la continua e intensa movilización de su base militante, no lograron romper el cordón sanitario erigido por el resto de las fuerzas políticas y salir de la marginalidad. La flagrante inconsistencia de su base de consenso (las listas vinculadas a este ámbito, en su conjunto, no pasaron del 1,3% en las legislativas de 2018) marcó la derrota definitiva de esta opción. Las otras dos tuvieron que esperar a que se diluyera el impulso propulsor de Alleanza Nazionale para poder delinearse con mayor claridad.

De derecha a centro

Entre 1995 y 2009, el espacio electoral de la derecha en el sistema italiano se amplió por encima del umbral del 15% (15,7% en 1996, a lo que hay que añadir el 0,9% de los rivales del Movimento Sociale-Fiamma Tricolore, dirigido por el exsecretario del MSI Pino Rauti), pero al

mismo tiempo disminuyó su influencia política, que al principio de Tangentopoli había parecido crecer con fuerza, con el MSI capaz de superar el 30% en las elecciones municipales de Roma y Nápoles, y de ganar 33 administraciones municipales en ciudades de más de 15.000 habitantes entre la primavera y el otoño de 1993. Aunque ya en 1994 fue admitida a formar parte de la coalición que Berlusconi había creado para derrotar a la unión de fuerzas de izquierda y fue indispensable para su éxito, Alleanza Nazionale sufrió desde el principio como *socio menor* de la alianza, debido a la mayor fuerza electoral de Forza Italia y, sobre todo, a la preponderancia de la figura mediática del primer ministro. Si, por un lado, la entrada en el gobierno con 5 ministros y 12 subsecretarios fue un logro muy importante, porque marcó el fin de la exclusión de los neofascistas de los juegos de poder, por otro, la gestión de las relaciones con los aliados no resultó fácil. Las mayores fricciones se produjeron con la Lega Nord, cuyo programa federalista —expresión de una ideología secesionista— contrastaba fuertemente con el nacionalismo y el centralismo de AN, pero también con el componente cristiano exdemócrata y con Forza Italia, surgiendo desacuerdos de vez en cuando.

Ya en 1996 se pusieron de manifiesto ciertas diferencias estratégicas entre los miembros de la coalición. Fini, que tendía cada vez más a personalizar su liderazgo y a gobernar el partido en solitario, haciendo uso de los amplísimos poderes que le conferían los estatutos, sin tener en cuenta las demandas —a menudo divergentes— de las corrientes internas, se opuso a la decisión de Berlusconi de permitir el nacimiento de un gobierno técnico apoyado por casi todos los grupos del parlamento, y prefirió provocar elecciones anticipadas, con la esperanza de obtener un consenso que pusiera en entredicho la posición del fundador de Forza Italia como líder absoluto de la coalición. La

maniobra fracasó, pero AN alcanzó un récord histórico de votos y su presidente decidió entonces hacer aún más evidente la competencia directa con el incómodo aliado. Para lograrlo, escribe Ignazi, «acentuó una cierta distancia y separación de su propio partido con el fin de maximizar políticamente el éxito de imagen del que estaba disfrutando»¹⁹ y multiplicó las oportunidades de desafío. En otras palabras, para no sufrir las consecuencias que le acarrearba su imagen de miembro extremo de la alianza, decidió mover su partido hacia el centro. Berlusconi respondió con una acentuación de los tonos polémicos hacia la izquierda, con los que Fini pretendía establecer un diálogo para alcanzar una reforma compartida de las instituciones en un sentido presidencialista, presentándose como el verdadero baluarte contra la conquista del poder por los antiguos comunistas.²⁰ A partir de ese momento, las relaciones personales entre ambos también empezaron a agriarse, mientras que en el seno del partido se abría la brecha entre un alma liberal, favorable a las privatizaciones y a las leyes de mercado, y otra «social», en la que aún persistía la desconfianza hacia el capitalismo. La estrategia de Fini sufrió dos derrotas en 1999, primero en el referéndum sobre la ley electoral, que, al eliminar definitivamente el reparto proporcional de una parte de los escaños parlamentarios, habría hecho a AN indispensable —e influyente— en cualquier futura coalición de centro-derecha, y después en las elecciones europeas, donde AN renunció a su símbolo para presentar una lista con exponentes del Partido Popular, heredero de la DC, y del Partido Radical, conocido por sus posiciones progresistas, perdiendo un tercio de los votantes que había obtenido cinco años antes.

A pesar del éxito del centro-derecha en las elecciones políticas de 2001 y del regreso al gobierno, en el que Fini obtuvo la vicepresidencia, el proyecto cultivado por el presidente

de la Alleanza Nazionale no avanzó. Su partido bajó al 12%, mientras que la reincorporación de la Liga Norte a la coalición, tras las agrias polémicas de los años anteriores, complicó aún más los acuerdos sobre la línea política y económico-social a seguir. Los enfrentamientos entre ambos partidos se hicieron frecuentes, obligando a Berlusconi a cambiar la composición del ejecutivo en julio de 2004 y a solicitar de nuevo la confianza del Parlamento. Mientras tanto, el líder de AN siempre encontraba nuevas formas de expresar su personal y cada vez más acentuado distanciamiento de las ideas a las que la mayoría de los miembros de su partido habían permanecido apegados: la propuesta de conceder el derecho de voto a los inmigrantes en las elecciones locales, la definición de las opciones tomadas por el fascismo después de 1938 (empezando por las leyes raciales) como «el mal absoluto» durante una visita a Israel y la defensa de la fecundación asistida en contra de la opinión del Vaticano sonaron como otras tantas rupturas con la tradición ideológica y cultural de la que procedía AN. Y como tales fueron consideradas por muchos dirigentes, que acentuaron la fractura interna. Sin ceder a las llamadas de los disidentes, Fini siguió en la senda del acercamiento a los círculos liberal-conservadores europeos, señalando a José María Aznar, Nicolas Sarkozy y David Cameron como modelos de una derecha moderna, aun a costa de provocar una escisión más importante que las anteriores, la de La Destra, que obtuvo el 2,8% en las elecciones de 2008.

La vuelta al gobierno tras el éxito de la coalición de centroderecha en las elecciones de 2008 no mejoró las cosas. En noviembre de 2007, Fini había amenazado públicamente con abandonar la alianza, denunciando su incapacidad para abordar los problemas más urgentes del momento. Ese mismo día, Berlusconi le había respondido anunciando, sin consulta previa, el nacimiento de un nuevo partido, el Popolo

della Libertà (PdL). Inicialmente, la reacción de Fini fue muy dura y estuvo acompañada de un intento de crear un partido alternativo, la Alianza por Italia, pero la caída del Gobierno Prodi impidió el éxito de la operación y, dado lo apretado del calendario de la próxima campaña electoral, le obligó a unirse al cartel deseado por el Cavaliere. Mientras tanto, la fundación Fare Futuro, creada por el ala liberal del partido, siguió creando contactos con sujetos del área centrista y de la izquierda moderada, con el objetivo de encontrar interlocutores dispuestos a legitimar a Fini como sucesor de Berlusconi al frente del campo moderado. Al optar por la presidencia de la Cámara de Diputados, el expresidente de AN pretendía asumir un perfil *super partes* y contrastarlo de forma cada vez más evidente con la figura controvertida y alejada del *bon ton institucional* de su aliado-adversario. Las ocasiones de enfrentamiento llegaron a ser tan frecuentes que las relaciones entre ambos se rompieron definitivamente: tras una acalorada disputa, Fini fue expulsado del PdL y creó primero su propio grupo parlamentario y luego un partido, Futuro e Libertà per l'Italia (FLI), intentando en vano que se impugnara el gobierno del que había formado parte. Muchos de los diputados y senadores de Alleanza Nazionale, sin embargo, no le siguieron, y FLI vivió estancado hasta las elecciones de 2013, en las que sufrió un amargo rechazo, al cosechar solo el 0,47%, pese a estar vinculado a la coalición centrista liderada por el primer ministro saliente, Mario Monti.

La vía populista

Fue precisamente la infeliz conclusión de la experiencia de gobierno técnico de Monti, apoyado por el centroderecha y el centro-izquierda –pero muy impopular por las medidas de austeridad económica aplicadas–, la que inauguró una nueva fase en la trayectoria de la

derecha italiana, la populista, encarnada entre 2013 y 2018 principalmente por la Liga.

Considerado ya como partido de la derecha radical populista por Hans-Georg Betz en su estudio de 1994 e incluido en la misma categoría por Cas Mudde, trece años más tarde,²¹ la Lega ha experimentado una larga serie de reajustes ideológicos, tácticos y estratégicos a lo largo de su historia. Fundada con el nombre de Lega Nord en 1989 para reunir en una sola organización a varios movimientos autonomistas que habían surgido en las regiones del norte del país en polémica contra la excesiva centralización de la administración estatal, la pesadez de los procedimientos burocráticos, la carga de los impuestos, la corrupción de los partidos y la ineficacia del parlamento,²² había reivindicado inicialmente una identidad liberal, especialmente en el ámbito económico. Sin embargo, el hundimiento de la Primera República le había obligado a abandonar el papel de simple megáfono de la «voz del Norte» y a aceptar la lógica de las alianzas, aunque siempre considerándolas precarias y provisionales. La breve experiencia gubernamental de 1994-1995 había demostrado, sin embargo, su incapacidad para renunciar a los ataques al *establishment*, y la posterior fase independentista había mostrado aún más claramente su mentalidad populista.

A las campañas contra la inmigración y la partidocracia, que siempre habían estado presentes en sus programas, se sumaron ya entonces los ataques a la Unión Europea y a las «potencias fuertes», a las altas finanzas y a la gran industria, realizados a veces con argumentos conspirativos, y junto a ellos la defensa de la familia y las tradiciones frente a las pretensiones progresistas, el rechazo de la homosexualidad, la reivindicación de medidas proteccionistas, la hostilidad a la deslocalización de los procesos productivos y la denuncia de las consecuencias negativas de la globalización. Posiciones que le permitieron convertirse en el partido más vo-

tado por los electores de la clase trabajadora en 1996. Tras el 11 de septiembre de 2001, se insertaron en este marco la denuncia de la amenaza de penetración islámica en Europa y los llamamientos a construir un frente común euroamericano para defender la civilización occidental de las trampas del terrorismo islamista. Todas estas características hicieron que la Liga encajara en la familia de los partidos populistas de derecha radical.

Fue, sin embargo, en 2012, tras un periodo de crisis interna provocada por el escándalo sobre la gestión deshonesta de la financiación estatal, que había provocado la salida de escena del histórico líder Umberto Bossi, ya diezmado por un ictus en 2004, y había llevado a la dirección del partido al exministro moderado Maroni, y la había conducido a los peores resultados electorales de su historia, cuando la Liga consiguió relanzarse, eligiendo a Matteo Salvini como secretario y adoptando por completo la agenda nacional-populista.

Aprovechando al máximo las posibilidades que ofrecen las redes sociales²³ y haciendo gala de un lenguaje agresivo y a veces vulgar de «hombre común», Salvini eligió como blancos polémicos a la clase política y a la Unión Europea, acusadas de no haber sabido responder eficazmente a la crisis económica de los años 2008-2011, a los intelectuales, responsables de apoyar todas las propuestas progresistas en el ámbito de los derechos civiles (matrimonios y adopciones homosexuales, gestación subrogada, etc.) y sobre todo la inmigración, considerada, por una parte, una fuente de competencia desleal para los trabajadores autóctonos y, por otra, una amenaza para la cohesión cultural del país y el modo de vida de su población. Al hacer hincapié en este peligro y convertirlo en el centro de las campañas electorales, Salvini ha llevado a la Liga de una dimensión localista a una proyección nacional y la ha hecho abrazar un credo nacionalista, ultraconservador y

xenófobo. Su admiración por la Rusia de Putin y las ideas de Trump le llevaron a entablar relaciones con otros partidos de la derecha radical europea y a unirse, en el Parlamento de Bruselas, al grupo Europa de las Naciones y las Libertades, liderado por Marine Le Pen, transformado después en Identidad y Democracia. A pesar de esta caracterización ideológica radical, la nueva Liga, gracias a sus éxitos electorales (17,4% en las elecciones políticas de 2018 e incluso 34,3% en las elecciones europeas de 2019), logró obtener la primacía dentro de la coalición de centroderecha, en detrimento de Forza Italia, y así poder hacerse autónoma, para formar gobierno junto a la otra formación populista de protesta, el Movimiento Cinco Estrellas (M5S).

Durante algo más de un año, esta coalición de fuerzas *antisistema* ha sido calificada como el caso más exitoso de la estrategia implementada por los partidos de la derecha radical populista en la escena europea, y ha sido objeto de gran preocupación por parte de la Comisión Europea y de muchos gobiernos extranjeros, pero el grave error de Salvini, al decidir en agosto de 2019 poner fin al acuerdo con el M5S con la esperanza de poder repetir o ampliar su éxito en las elecciones europeas en unas elecciones generales anticipadas —que el presidente de la República no le concedió—, convirtió rápidamente un triunfo en un desastre. En efecto, inmediatamente después de su salida del gobierno, la Liga empezó caer en intención de voto a su favor en los sondeos, y desde entonces no ha podido invertir esta tendencia. Al mismo tiempo, los votantes que abandonaron la Liga, juzgando a Salvini poco fiable, trasladaron sus simpatías a Fratelli d'Italia. La pandemia de Covid-19, que vio a Salvini durante mucho tiempo inseguro sobre la posición a tomar ante el *bloqueo* y las vacunas, y luego dispuesto a unirse al gobierno liderado por Mario Draghi —un banquero, por tanto una de las figuras históricamente más de-

testadas por la Liga y en general por todos los populistas— acentuó este proceso de rápida disolución del capital electoral de la Lega, que en poco más de tres años cayó del 34,3% en 2019 al 8,9% en las legislativas de 2022.

Este resultado marcó la derrota (al menos temporal) de un nacional-populismo que parecía destinado a inaugurar un ciclo de hegemonía en el ámbito de la derecha y relanzó, con mucha más fuerza y sobre nuevas bases, el proyecto nacional-conservador que se había encarnado entre 1995 y 2009 en la Alianza Nacional.

De la escisión del PdL al Gobierno de la nación: el meteórico ascenso de Giorgia Meloni

El protagonista de esta nueva etapa en la historia de la derecha italiana es, sin duda, Fratelli d'Italia. Subiendo en el espacio de sólo cuatro años del 4,4% al 26% de los votos, este partido se erige hoy —gracias también a los datos de los sondeos, que lo sitúan, tras nueve meses de participación en el Gobierno presidido por su líder, en torno al 31% del consenso de los votantes— como el punto de llegada (provisional) en la historia de una derecha que, aunque repetidamente definida por los observadores como extrema radical, neofascista, para superar el déficit de legitimidad que siempre le había penalizado y ganarse la simpatía de los sectores moderados de la opinión pública italiana, tuvo que mostrarse cada vez menos extremista en ideas, en comportamiento, en tono, aceptando socializarse con la democracia a través de lo que Ignazi llamó «el largo viaje a través de las instituciones».

La sinceridad del distanciamiento del Fdl, de sus dirigentes y militantes, de las simpatías y nostalgias por el fascismo cultivadas por muchos de los que militaron en los dos anteriores «partidos de la llama» ha sido muy debatida desde que las nuevas siglas aparecieron en la

escena política italiana. Consciente de las dudas que existían al respecto, Giorgia Meloni decidió publicar un libro autobiográfico para aclarar su cosmovisión y sus objetivos, y tanto las declaraciones de los exponentes del partido como sus documentos oficiales han sido objeto, como decíamos al principio, de múltiples análisis, cuyos autores han llegado a diferentes interpretaciones: hay quienes han encontrado una evolución desde su trasfondo neofascista, quienes lo han situado —junto con la Liga— en la familia de la derecha radical populista, y quienes siguen considerándolo de extrema derecha. Cada una de estas interpretaciones contiene elementos y consideraciones interesantes que merecen un examen detenido. Sin embargo, para comprobar su solidez global, es necesario reconstruir, aunque sea sintéticamente, la trayectoria seguida por esta formación política hasta la fecha: una trayectoria que ha mostrado un curso menos lineal de lo que pretenden sus exponentes y que ha pasado por diversas etapas, marcadas por posturas bastante diversificadas.

Casi todos los análisis convergen en un punto: en el momento de la fundación del partido, el 16 de diciembre de 2012, la intención de sus fundadores no era simplemente reunir a los veteranos de la Alianza Nacional decepcionados por el progresivo desgaste del Pueblo de la Libertad. Los tres principales promotores —Giorgia Meloni, expresidenta de Azione giovani, la organización juvenil de AN, que ya había sido vicepresidenta de la Cámara de Diputados y luego ministra de Juventud; Ignazio La Russa, militante desde los años sesenta en el MSI y dirigente durante mucho tiempo tanto de ese partido como de Alleanza Nazionale; Guido Crosetto, de Forza Italia y exsubsecretario del Ministerio de Defensa— tenían en mente un proyecto más ambicioso: refundar todo el centro-derecha sobre nuevas bases. Centrodestra nazionale fue, después de todo, el acrónimo

elegido por La Russa cuando decidió separarse del PdL en reacción a la decisión de Berlusconi de resucitar Forza Italia. Y lo que había unido a los tres era su aversión común a la decisión del líder del PdL de apoyar al Gobierno Monti y revocar las elecciones primarias convocadas para determinar el nombre de su sucesor al frente del «partido único». Para reiterar las intenciones originales, casi un año después del nacimiento del FdI, Crosetto formuló una clara pregunta retórica en el partido Atreju, una especie de kermesse del partido: «¿Quién puede representar el centroderecha, si no somos nosotros?».²⁴

El programa elaborado apresuradamente para las elecciones de febrero de 2013 utilizaba tonos apagados y se limitaba a proponer un paquete de reformas en línea con lo que los antiguos miembros de Alleanza Nazionale fusionados en el PdL habían defendido en varias ocasiones: elección directa del presidente de la República, abolición del bicameralismo perfecto, disminución del número de parlamentarios; reducción de la deuda y del gasto público; lucha contra el despilfarro y promoción de una nueva ética pública; reducción de las cargas fiscales; separación de las carreras de jueces y fiscales; apoyo a la natalidad frente al declive demográfico. Sólo algunas propuestas se hicieron eco de las tesis nacional-populistas: una leve crítica al euro, que «actúa como amplificador de las disfunciones de los Estados nacionales», y la afirmación «creemos en la Europa de los pueblos, pero no en la de las finanzas y las oligarquías». También en materia de inmigración, las fórmulas elegidas fueron prudentes: «Gobernar los flujos, controlar las fronteras, imponer el respeto de la legalidad, es la manera de garantizar la acogida, la integración, la solidaridad», precisando que «junto a la lucha intransigente contra la clandestinidad, el camino hacia la plena integración de los nuevos ciudadanos debe avanzar al mismo ritmo» y que «se considerará

con derecho a la ciudadanía a quienes completen todo el ciclo de escolaridad obligatoria y demuestren su plena integración y su deseo de obtenerla».²⁵

La respuesta desfavorable en las urnas –un modesto 1,96%, por debajo de lo esperado, que sin embargo permitió al «mejor perdedor» de la coalición de centro-derecha elegir 9 diputados– trajo consigo algunos cambios. Crosetto, que había sido designado presidente del partido cuando se fundó, cedió el timón a La Russa y, sobre todo, se intentó obtener el símbolo de la llama tricolor de la Fundación Alleanza Nazionale, que poseía los derechos para utilizarlo. Una vez que esta operación tuvo éxito, las palabras «centro-derecha nacional» desaparecieron de la marca electoral y en su lugar aparecieron la llama y el nombre de Meloni. Otro signo claro de reintegración en la historia del MSI fue la decisión de celebrar el segundo congreso nacional (7-9 de marzo de 2014) en Fiuggi, el lugar donde se había celebrado la ceremonia de fundación de Alleanza Nazionale más de 19 años antes, y de invitar a la viuda de Giorgio Almirante como invitada de honor a los actos. Sin embargo, el programa elaborado para las próximas elecciones europeas, más que inscribirse en la tradición postfascista, se orienta decididamente hacia los temas más apreciados por las formaciones nacional-populistas, que ganan adeptos en numerosos países: salida del euro y de los tratados fiscales y presupuestarios de la UE, reducción de la injerencia de las instituciones de Bruselas en la política nacional, «proteccionismo inteligente», cooperación europea contra la «inmigración salvaje», defensa de las raíces cristianas del continente y de la sacralidad de la familia, reglas europeas contra las finanzas especulativas.²⁶ En la elección de estas propuestas, más que un alineamiento con las posiciones de partidos como el Rassemblement National, el Freiheitliche Partei Österreichs o la Alternative für

Deutschland, con los que aún no existía una colaboración orgánica, se vislumbraba el deseo de competir con la Liga Norte, que había pasado recientemente bajo el liderazgo de Salvini, por la conquista de un electorado euroescéptico, que según los sondeos iba en aumento.

Sin embargo, el desafío lanzado por Giorgia Meloni, recién llegada a la presidencia del Fdl, a su aliado-rival no se vio coronado por el éxito. Los votos obtenidos aumentaron, superando el millón, pero el 3,7% logrado no permitió superar el umbral. El primer objetivo de la nueva líder era, por tanto, una reestructuración organizativa que permitiera un proselitismo y una propaganda eficaces en toda Italia, mientras que la *Officina per l'Italia*, un taller de ideas abierto a intelectuales de diversas procedencias, estaba llamada desde hacía meses a definir la plataforma político-cultural sobre la que construir el nuevo centroderecha. Obstáculos, incluso internos, no faltaban, porque el relativo fracaso en las elecciones europeas había descontentado a algunos de los cuadros intermedios, provocando en noviembre de 2015 una nueva escisión y el nacimiento del movimiento *Azione Nazionale*,²⁷ pero la compacidad del grupo dirigente, formado casi en su totalidad en el mismo ambiente juvenil romano de *Alleanza Nazionale* veinte años antes, permitió superar las dificultades, y la candidatura de Giorgia Meloni a la alcaldía de Roma, aunque no contara con el apoyo de *Forza Italia*, sirvió como momento de relanzamiento mediático y político: con el 12,3% obtenido, la joven líder de Fdl amplió su credibilidad y popularidad, justo cuando Berlusconi, cada vez más envuelto en juicios y escándalos, y su partido, tocaban mínimos históricos.

Para ganar apoyos, sin embargo, los índices de aprobación de Meloni, ahora superiores a los de los líderes de los partidos aliados,²⁸ no podían ser suficientes. Por ello, el partido apostó por una línea ideológica más agresiva, radica-

lizando sus posiciones anteriores en el segundo congreso nacional de diciembre de 2017. El *leitmotiv* –el nacionalismo, denominado con cierta modestia «patriotismo»– no era nuevo, pero sí lo eran los tonos en los que se enunciaba. El eslogan «Los italianos primero» iba acompañado de la formulación de una «filosofía de la identidad» de la que se derivaban las críticas al «universalismo radical», la acusación a la ONU de esperar una «sustitución étnica» en Europa inspirada en un «principio multiculturalista abstracto» y la exigencia de medidas estrictas para frenar los flujos migratorios y contrarrestar el riesgo de islamización del continente.²⁹ Fueron estas posiciones, contenidas en las Tesis de Trieste, las que llevaron a algunos analistas a situar a *Fratelli d'Italia* en la categoría de la derecha radical populista. Sin embargo, una lectura de aquel manifiesto-movimiento revela cómo, junto a ellas, había otras inspiradas más bien en una filosofía conservadora, destinadas a convertirse, con el tiempo, en predominantes en la cultura política del partido: la recuperación de la tradición y la crítica del culto al progreso; la reafirmación del papel central de la autoridad en la sociedad y en el Estado; el elogio de la ruralidad; el rechazo de la teoría de género; la valorización del patrimonio legado a Italia por su pasado: arte, arqueología, paisaje, naturaleza. Incluso en política exterior se percibía una búsqueda de equilibrio entre conservadurismo y radicalismo: si por un lado se proclamaba que «Italia forma parte de Occidente, es naturalmente aliada de las naciones europeas, de Estados Unidos y de los demás pueblos de cultura europea y occidental» y que la *Alianza Atlántica* es su «ámbito natural de alianza militar», por otro se afirmaba que no compartía «la lógica de hostilidad hacia la Federación Rusa», con la que en cambio se consideraba «necesaria y provechosa una estrecha cooperación económica y estratégica», también para combatir el terrorismo.

En el futuro inmediato, los beneficios de esta acentuación de los rasgos ideológicos antisistema del partido fueron limitados, porque la competencia en ese terreno era demasiado fuerte por parte del M5S y la Lega, que de hecho se alzaron como los dos ganadores de las elecciones generales de marzo de 2018. El primero, con un 32,68%, no sólo se confirmó como el partido favorito de los italianos, sino que logró reforzar la supremacía que había ganado cinco años antes. El segundo, con su espectacular salto hasta el 17,35%, superó por primera vez a Forza Italia, relegada al 14%: un resultado que dejó las manos libres a Salvini para buscar alternativas a la ya clásica coalición de centro-derecha (que no tenía número suficiente en el Parlamento para formar Gobierno independientemente del apoyo de otras formaciones). Fue una ventana de oportunidad que el líder de la Liga aprovechó para aceptar la perspectiva de un «contrato de gobierno» con el Movimiento Cinco Estrellas, basado en un programa en el que destacaban algunas de las cuestiones más queridas por los populistas, desde políticas más duras para combatir la inmigración hasta la drástica reducción del número de diputados.

Ante este nuevo escenario, Fratelli d'Italia, que había dado otro pequeño paso adelante al obtener el 4,35% y triplicar el número de escaños en el Parlamento (19 diputados y 7 senadores), no parecía tener otra opción que seguir aceptando un papel secundario en el centro-derecha. Sin embargo, Salvini, que mantenía desde hacía tiempo buenas relaciones personales con Giorgia Meloni, intentó convencerla para que se uniera al Gobierno presidido por Giuseppe Conte, abogado y profesor universitario, un *outsider* de la política, propuesto por los seguidores de Beppe Grillo. Si Fdl hubiera formado parte de la mayoría, la Liga habría tenido un aliado para incluir en la agenda del gobierno medidas que le interesaban mucho. La respuesta, sin embargo, fue negativa: Meloni

consideraba que el ejecutivo «amarillo-verde» (los colores simbólicos del M5S y la Lega) era demasiado heterogéneo y escorado a la izquierda como para dejar espacio a los temas que a ella le importaban. Ese rechazo traducía en la práctica lo que se había escrito en las Tesis de Trieste: el populismo podía ser un antídoto contra la degeneración de los vínculos sociales en un contexto en el que «los lazos de pertenencia se rompen científicamente para construir una masa de ciudadanos-consumidores sin historia, sin raíces, sin identidad, sin patria, sin comunidad, sin religión y sin género», pero sólo si asumía rasgos identitarios. En cambio, el «populismo justicialista y demagógico que se ha extendido en Italia», es decir, el del M5S, sólo estaba destinado a hacer daño. Mejor, por tanto, mantenerse al margen del Gobierno y concentrar las energías en el crecimiento de las estructuras organizativas locales del partido.³⁰

Esta elección dio sus frutos en febrero de 2019, cuando se celebraron elecciones regionales en los Abruzos. Gracias también al debilitamiento de Forza Italia, Fdl consiguió que sus aliados aceptaran la candidatura de uno de sus exponentes, Marco Marsilio, a la presidencia de la región, que ganó con un 48,3%. Por primera vez, Fratelli d'Italia ganó el liderazgo de una institución, aunque obtuvo muchos menos votos que la Liga (6,5% frente a 27,5%), que aprovechó el efecto propulsor de la actuación de Salvini como ministro del Interior y su consiguiente visibilidad mediática.

Las elecciones europeas de tres meses después confirmaron la extraordinaria eficacia de la estrategia de «nacionalización» y «populización» que el secretario había impuesto a la Liga: el 34,33% recogido en las urnas (más de 9 millones de votos) fue un resultado que nadie, tanto entre simpatizantes como entre opositores, imaginaba posible. El ciclón de la Lega, sin embargo, no barrió a Fratelli d'Italia, como sí hizo con Forza Italia, que se hundió hasta el

8,79%, y con el M5S, que se redujo casi a la mitad (17,07%) respecto a las elecciones generales del año anterior. Con un 6,46%, la lista que seguía llevando el nombre de Meloni en un lugar destacado de su símbolo eligió a cinco diputados, y ese resultado resultaría muy útil más adelante.

Entre los cinco elegidos estaba de hecho Raffaele Fitto, un político joven pero ya experimentado —había sido presidente de la región de Apulia y ministro de los años 2008 a 2011—, procedente de Forza Italia, que podía presumir de una red de importantes relaciones personales, construidas durante sus dos mandatos como eurodiputado en el grupo del PPE. Gracias a él, el Fratelli d'Italia fue acogido en el grupo parlamentario de los Conservadores y Reformistas Europeos (ECR), dominado por el PiS polaco, del que Fitto recibió la copresidencia. La entrada entre los conservadores sirvió al Fdl para disipar, al menos en parte, las sospechas de haber seguido siendo, tras la fachada, un partido postfascista y para demostrar que no sufría el aislamiento al que estaban condenados en el Parlamento de Estrasburgo los partidos populistas del grupo Identidad y Democracia. Y resultó ser un primer paso hacia objetivos más ambiciosos, encaminados a obtener una posición influyente a escala internacional, que vio también un progresivo fortalecimiento de las relaciones con los círculos conservadores de fuera de Europa. Con este objetivo, Meloni obtuvo en febrero de 2020 una invitación al National Prayer Breakfast de Washington, una importante reunión de conservadores estadounidenses, donde elogió la presidencia de Donald Trump, y dos años más tarde fue convocada como ponente a la CPAC, la conferencia política más importante del mundo conservador. Mientras que ya en septiembre de 2020 se le confió el cargo de presidenta del Partido Conservador y Reformista, que aún ostenta, habiendo sido reelegida a finales de junio de 2023.

Mientras tanto, Matteo Salvini, en pleno verano de 2019, había decidido, como hemos mencionado, poner fin a la colaboración con el M5S y el primer gobierno de Conte, confiando en unas nuevas elecciones que le convirtieran en el árbitro de la situación política italiana, solo o en coalición con aliados mucho menos fuertes que la Lega, o quizás en una alianza limitada únicamente a Fratelli d'Italia —con quienes las diferencias programáticas se habían reducido extremadamente para entonces—, ya que el resultado electoral de las elecciones europeas permitía pensar que el tándem Lega-Fdl podría alcanzar el umbral del 40%, suficiente para obtener la mayoría de escaños en el Parlamento. La negativa del presidente de la República a conceder elecciones anticipadas y su decidida intención de confiar el país a un gobierno técnico —que luego, en el último momento, se evitó tras el acuerdo entre el M5S y el Partido Democrático para formar un segundo gobierno Conte, esta vez «amarillo-rojo»—, sin embargo, dieron al traste con este proyecto y condenaron a quienes lo habían concebido a iniciar una pronunciada parábola descendente.

A la extinción de la estrella de Salvini le sucedió casi inmediatamente el encendido de la estrella de Meloni, que los sondeos empezaron a indicar que subía con fuerza. Pero fue el estallido de la pandemia del Covid-19 lo que dio a este giro proporciones mucho mayores. Desde el principio de la crisis, Fratelli d'Italia expresaron una fuerte oposición al *bloqueo* y a la imposición del *pase verde* y criticaron las opciones del gobierno y de la Unión Europea, tomando partido por la defensa de las libertades individuales y pidiendo medidas urgentes de apoyo económico a las categorías productivas perjudicadas por las prohibiciones y restricciones, mientras que la Liga mantuvo actitudes no lineales, oscilando entre las peticiones de mayor firmeza en la lucha contra la epidemia y el apoyo a las protestas contra la vacuna. Esto permi-

tió a Giorgia Meloni mostrarse más coherente y creíble, y compensar el vacío que había sufrido hasta entonces en el mundo de las redes sociales, donde sus seguidores aumentaron considerablemente. Su baza, sin embargo, fue su clara negativa a unirse al ejecutivo liderado por el expresidente del Banco Central Europeo, Mario Draghi, tras la caída del segundo gobierno de Conte. Mientras Forza Italia y, tras algunas vacilaciones y desacuerdos internos, también la Liga aceptaban la invitación a entrar, con sus propios ministros, en el gobierno de «salvación nacional», FdI denunciaba la imposición al país de un enésimo ejecutivo no votado por los ciudadanos y lideraba una oposición dúctil en las opciones concretas (aprobandando aquellas medidas que parecían razonables), pero inflexible en el plano retórico y comunicativo. Los sondeos de opinión, que no dejaron de subir en 2021-2022, demostraron que esta opción era electoralmente rentable.

Al mismo tiempo, se reforzó la tendencia a identificar el partido con su presidente, cuyos éxitos evitaron el riesgo de que surgieran corrientes internas, también en virtud de la típica tendencia de los «partidos llama» a rodear al líder de un aura de incuestionabilidad, sobre todo en las fases de creciente apoyo. Al no tener que celebrar congresos, debido a las extraordinarias condiciones impuestas por la pandemia, ni ocuparse de los asuntos internos, confiados al nutrido grupo de colaboradores de confianza, y poder así concentrarse en la relación con la opinión pública, Giorgia Meloni se ha propuesto consolidar en el imaginario colectivo de los italianos su figura de mujer todavía joven, de carácter fuerte y coherente, intransigente en sus principios pero al mismo tiempo maternal y compasiva. Esta es, de hecho, la imagen que se desprende de su autobiografía, un verdadero éxito editorial del que se han vendido entre cien mil y doscientos mil ejemplares. Sus adversarios también han contribuido a este esfuerzo de personalización, sin

pretenderlo, y han realizado, por ejemplo, un vídeo que pretendía ironizar sobre los tonos groseros de un mitin de Meloni («Soy Giorgia, soy mujer, soy italiana, soy cristiana. Eso no me lo pueden quitar») un meme de gran éxito en el circuito social. De modo que, al final, el gran resultado obtenido por Fratelli d'Italia en septiembre de 2022 apareció ante todos como un éxito personal del líder, a cuyo nombramiento como primer ministro nadie puso objeciones, ni entre los aliados ni en el frente contrario.

Fue en el periodo de competencia más directa con la Liga, a partir del momento en que Salvini hundió el primer gobierno de Conte y su popularidad empezó a caer, cuando Giorgia Meloni recurrió más a su repertorio estilístico populista, aunque seleccionando algunos temas y silenciando otros. La polémica contra las élites, que había sido el pilar de su retórica en los años anteriores, se limitó a acusaciones más generales y menos frecuentes. Sólo se apeló a la voluntad popular para instar al recurso a las urnas y cerrar el capítulo de los «gobiernos del presidente» (de la República), sin hacer guiños a esa exaltación de las virtudes del pueblo llano que es uno de los indicadores más evidentes de la mentalidad populista. Sin dejar de reiterar el estrecho vínculo entre pueblo y nación, fue en esta última en la que se concentró la carga emocional de los discursos del líder. Y a la misma crítica fuerte a la inmigración se superponían a menudo llamamientos al retorno de las tradiciones culturales empañadas por la ola progresista desatada por el movimiento de protesta de 1968. El ataque al «Lobby LGBT» y a la «locura» de la teoría de la intercambiabilidad de sexos —que en algunas ocasiones, como en los mítines celebrados en España en apoyo de las candidaturas de los hermanos del partido Vox, emergió con especial vigor— ofreció un ejemplo visible de ello.

Sin embargo, desde junio de 2021, cuando Fratelli d'Italia superó a la Liga en las encuestas

y empezó a vislumbrar la posibilidad de tomar las riendas de la coalición y liderar así el futuro Gobierno, estas declaraciones más radicales han ido acompañadas cada vez con mayor frecuencia de actitudes más moderadas y dialogantes, sobre todo en las sedes institucionales, con el fin de dotar al partido de una imagen más responsable. El programa presentado para las elecciones de 2022 reflejaba este proceso de *remodelación* adoptando tonos sosegados, corrigiendo algunas posturas anteriores y pasando de las habituales acusaciones a una crítica más razonada, al tiempo que ampliaba el marco de los temas considerados. En lugar de denunciar a los «tecnoburócratas de Bruselas», por ejemplo, se expresa la intención de «re-lanzar el sistema de integración europea, por una Europa de las Patrias, fundada en el interés de los pueblos y capaz de afrontar los retos de nuestro tiempo», e incluso en el tema de la inmigración las intenciones son menos belicosas, limitándose a pedir la «defensa de las fronteras nacionales y europeas tal como prevé el Tratado de Schengen y solicita la UE, con el control de las fronteras y el bloqueo de los desembarcos para detener, de acuerdo con las autoridades del norte de África, el tráfico de seres humanos» y la estipulación de acuerdos entre la UE y los Estados de origen de los inmigrantes ilegales para gestionar la repatriación. Al mismo tiempo, pide la máxima intransigencia contra el fundamentalismo islámico, pero también contra toda forma de antisemitismo y racismo. Otras formas de contrarrestar las acusaciones de extremismo por parte de los opositores son prestar atención a la condición de la mujer y a la dignidad de la persona, con la «lucha contra toda forma de discriminación, promoviendo y apoyando vías de emancipación de los estereotipos culturales que ven a la mujer en una condición de subalternidad» y «toda discriminación basada en las opciones sexuales y sentimentales de las personas», y a las cuestiones medioambien-

tales, aunque mientras que por un lado se apoya la necesidad de actualizar y hacer operativo el Plan Nacional de Adaptación al Cambio Climático y de poner en marcha la transición ecológica prevista en el Plan Nacional de Recuperación y Resiliencia, por otro se insiste en la necesidad de salvaguardar el sistema productivo de los previsibles efectos negativos de las políticas verdes, «con especial atención a los sectores industriales de difícil reconversión (por ejemplo, automoción)». Es evidente, por estos pasajes y por la ampliación de los horizontes programáticos a otras cuestiones que en el pasado habían sido desatendidas o descartadas en pocas líneas —empezando por las económicas—, que estamos ante la tarea que esperará al partido cuando se encuentre al frente del país.

Conclusiones: ¿y ahora qué?

Como era fácil prever, al asumir las riendas del gobierno como partido más votado de la coalición, Fratelli d'Italia ha entrado en una nueva fase que le obliga a encontrar un equilibrio entre la imagen que le atrajo muchos apoyos durante los años en los que se vio forzado a pasar a la oposición y la imagen mucho más moderada y responsable de quienes ocupan cargos institucionales de prestigio. Los observadores que han descrito a FdI como un partido populista de derecha radical basándose en el análisis del contenido de sus programas o en las declaraciones públicas de sus exponentes han tenido dificultades en los últimos tiempos para encontrar datos que apoyen su tesis, aunque han tratado de subrayar la persistencia de cierto *dérápago* verbal en los militantes ahora destinados a puestos de gobierno, como en el caso del riesgo de «sustitución étnica» debido a las excesivas tasas de inmigración evocado por el ministro de Agricultura, Francesco Lollobrigida, que es también cuñado de Giorgia Meloni.

Enfrentado a retos sin precedentes, el partido parece obligado a deshacer los nudos

residuales de su lugar en el escenario político-ideológico actual, no sólo en Italia. Las duras invectivas contra la Unión Europea, aún presentes en la autobiografía de Meloni, que la describía como «un patio de recreo de tecnócratas banqueros que se dan un festín a costa de los pueblos» y como una institución «utópica y potencialmente tiránica»³¹, han dado paso a propuestas genéricas de reforma de las instituciones de Bruselas. La oposición a la inmigración y la exigencia a la UE de medidas eficaces para contrarrestarla se han mantenido, pero ya no se habla del tantas veces invocado bloqueo naval. Por otra parte, siguen siendo frecuentes las críticas a los argumentos progresistas en el ámbito de las «cuestiones éticas»: aunque se han aceptado las uniones civiles entre personas del mismo sexo en el programa electoral de 2022, se siguen rechazando los vientres de alquiler, las adopciones homoparentales y las teorías de género.

El perfil de Fratelli d'Italia aparece así, en 2023, como el de una entidad política cuya identidad es aún una *obra en curso* que se va definiendo en respuesta a las oportunidades y desafíos que propone el contexto en el que opera. Fuertemente anclado a su ubicación en el lado derecho del espacio político y a una concepción bipolar de la dinámica sistémica, el partido hace de la mezcla de ideas conservadoras y nacionalistas, presentadas como «patriotismo soberano», los ingredientes básicos de su mensaje. Receloso del populismo —que contrasta con el culto a la autoridad del Estado de sus principales exponentes y al que se acusa de no ser más que la versión contemporánea de la demagogia—,³² así como del globalismo y el cosmopolitismo, su estrella polar es una idea de nación que, si bien presenta algunos rasgos nativistas, ya no tiene ni rastro de las inclinaciones expansionistas y belicosas que habían caracterizado al fascismo y al neofascismo, y en sus referencias ideológicas el antisemitismo

está completamente ausente. Por tanto, la fórmula más adecuada para definirlo hoy parece ser la elegida por Vassallo y Vignati: un partido nacional-conservador, formado, sobre todo en su cúpula, por «demócratas afascistas», es decir, por aquellos que ya han dejado atrás las grandes fracturas del siglo XX y consideran la *escisión cultural* conservadurismo/progresismo como la línea de conflicto fundamental de la época actual.

Desradicalizar un partido que hasta hace poco ha hecho del radicalismo verbal su arma más eficaz, y hacer que sus programas y su imagen sean cada vez menos extremistas, es por tanto la apuesta que Giorgia Meloni y Fratelli d'Italia se ven obligados a hacer ahora para no repetir la parábola meteórica que Salvini y la Liga han hecho entre 2019 y 2022. Y mostrar, al mismo tiempo, un camino de éxito a los partidos hermanos activos en otros países europeos, con el objetivo de condicionar por la derecha al Partido Popular Europeo y cambiar las políticas de la Unión Europea.

BIBLIOGRAFÍA

- BALDINI, Gianfranco, TRONCONI, Filippo, ANGE-LUCCI, Davide, «Yet Another Populist Party? Understanding the Rise of Brothers of Italy», *South European Society & Politics*, 2023, <https://doi.org/10.1080/13608746.2022.2159625>.
- BELL, Daniel (ed.), *The Radical Right*, Doubleday Anchor Books, Garden City, NY, 1963.
- BETZ, Hans-Georg, *Radical Right-Wing Populism in Western Europe*, Palgrave Macmillan, Londres, 1994.
- BOEZI, Francesco, *Fenomeno Meloni. Viaggio nella «generazione Atreju»*, Gondolin, Verona, 2020.
- CASTELLI GATTINARA, Pietro, FROIO, Caterina, «Italy: the mainstream right and its allies, 1994-2018», en BALE, Tim, ROVIRA KALTWASSER, Cristóbal (eds.), *Riding the Populist Wave. Europe's Mainstream Right in Crisis*, Cambridge University Press, Cambridge, 2021, pp. 170-192.
- CHIARINI Roberto, «La destra italiana. Il paradosso di una identità illegittima», *Italia contemporanea*, 185, 1991, pp. 581-600.
- COPERTINO, Luigi, *Le colpe dei padri e le ambiguità dei figli. Il peccato originale della destra italiana*, La Vela, Lucca, 2022.
- DE GIORGI Elisabetta, TRONCONI Filippo, «The Center-right in a Search for Unity and the Re-emergence of the Neo-Fascist Right», *Contemporary Italian Politics*, X, 4, 2018, pp. 330-345.
- DIAMANTI, Ilvo, *La Lega*, Donzelli, Roma, 1993.
- DIAMANTI, Giovanni y PREGLIASCO, Lorenzo, *Fenomeno Salvini. Fenomeno Salvini. Chi è, come comunica, perché lo votano*, Castelveccchi, Roma, 2019.
- DONÀ Alessia, «The Rise of the Radical Right in Italy: The Case of Fratelli d'Italia», *Journal of Modern Italian Studies*, XXVII, 5, 2022, pp. 775-794.
- FRULLANI, Fabrizio, *Da destra a destra. Storia, scena e retroscena del cammino di Fratelli d'Italia*, Secop, Corato, 2020.
- GIUBILEI, Francesco, *Giorgia Meloni. La rivoluzione dei conservatori*, Giubilei-Regnani, Roma-Cesena, 2020.
- IGNAZI, Piero, *Il polo escluso. Profilo del Movimento Sociale Italiano*, Il Mulino, Bologna, 2023 [1989].
- IGNAZI, Piero, *¿Postfascisti?*, Il Mulino, Bologna, 1994.
- IGNAZI, Piero, *L'estrema destra in Europa*, Il Mulino, Bologna, 1994.
- IMBRIANI, Angelo Michele, *Vento del Sud. Moderati, reazionari, qualunqueisti (1943-1948)*, Il Mulino, Bologna, 1996.
- KAPLAN, Jeffrey y WEINBERG, Leonard (eds.), *The Emergence of a Euro-American Radical Right*, Rutgers University Press, Brunswick-London, 1998.
- KITSCHOLT, Herbert, *The Radical Right in Western Europe*, University of Michigan Press, Ann Arbor, 1995.
- MELONI, Giorgia, *Io sono Giorgia*, Rizzoli, Milán, 2021.
- MUDDE, Cas, *Populist Radical Right Parties in Europe*, Cambridge University Press, Cambridge, 2007.
- PALLADINO, Andrea, *Meloni segreta*, Ponte alle Grazie, Milán, 2023.
- PARLATO, Giuseppe, *La fiamma dimezzata. Almirante e la scissione di Democrazia Nazionale*, Luni, Milán, 2017.
- PULEO, Leonardo, PICCOLINO Gianluca, «Back to the Post Fascist Past or Landing in the Populist Radical Right? The Brothers of Italy Between Continuity and Change», *South European Society & Politics*, 2022, pp. 1-25, <https://doi.org/10.1080/13608746.2022.2126247>.
- SABELLI FIORETTI, Claudio, *Giorgia on my mind. Le parole della leader della destra italiana*, Aliberti, Reggio Emilia, 2022.
- SANTANIELLO, Alice, «Il nuovo partito della destra. L'ascesa di Fratelli d'Italia dal 2012 al 2019. Parte prima», *Trasgressioni*, XXXVIII, I, 2023, pp. 15-131.
- SETTA, Sandro, *L'Uomo Qualunque (1944-1948)*, Laterza, Bari, 1975.
- SONDEL-CEDARMAS, Joanna, «Giorgia Meloni's new Europe. Europe of sovereign nations in the Brothers of Italy party manifestos», in SONDEL-CEDARMAS, JOANNA, BERTI, Francesco (a cura di), *The right-wing critique of Europe: nationalist, sovereignist and right-wing populist attitude to the EU*, Routledge, Abingdon, NY, 2022, pp. 60-75.
- TARCHI, Marco, *Esuli in patria. I fascisti nell'Italia repubblicana*, Guanda, Parma, 1995.
- TARCHI, Marco, *Cinquant'anni di nostalgia. La destra italiana dopo il fascismo*, Rizzoli, Milán, 1995.
- TARCHI, Marco, *Dal Msi ad An. Organizzazione e strategie*, Il Mulino, Bologna, 1997.
- TARCHI, Marco, *Italia populista. Dal qualunqueismo a Beppe Grillo*, Il Mulino, Bologna 2015.

- TARCHI, Marco, «Voters without a Party: the 'Long Decade' of the Italian Centre-Right and its Uncertain Future», *South European Society and Politics*, XXIII, 1, 2018, pp. 147-162.
- VALBRUZZI, Marco y VENTURA, Sofia, *Fratelli d'Italia e Lega. Diversamente populist di destra?*, Friedrich-Ebert-Stiftung Italia, s.l., 2023.
- VAMPA, Davide, *Brothers of Italy. A New Populist Wave in an Unstable Party System*, Palgrave Macmillan, Londres, 2023.
- VENTURA, Sofia, *Giorgia Meloni e Fratelli d'Italia. Un partito personalizzato tra destra estrema e destra radicale*, Friedrich-Ebert-Stiftung Italia, s.l., 2022.
- VASSALLO, Salvatore, VIGNATI, Rinaldo, *Fratelli di Giorgia. Il partito della destra nazionale-conservatrice*, Il Mulino, Bologna, 2023.
- ZULIANELLO, Mattia, «Varieties of Populist Parties and Party Systems in Europe: From State-of-the-Art to the Application of a Novel Classification Scheme to 66 Parties in 33 Countries», *Government and Opposition*, LV, 2, 2020, pp. 327-347.
- 7 Ignazi, 2023, pp. 441, 443-445, 449.
- 8 Vassallo y Vignati, *op. cit.*, pp. 16-17.
- 9 Tarchi, 1995a.
- 10 Setta, 1975; Tarchi, 2015.
- 11 Imbriani, 1996.
- 12 Parlato, 2017.
- 13 Tarchi, 1995b.
- 14 Chiarini, 1991.
- 15 Tarchi, 1997.
- 16 Ignazi, 1994, p. 56.
- 17 Ignazi, 1994.
- 18 Kitschelt, 1995; Kaplan y Weinberg (eds.), 1998. La expresión se reservaba originalmente a los estudios sobre el escenario estadounidense: véase Bell (ed.), 1963.
- 19 Ignazi, 2023, p. 422.
- 20 Durante la conferencia programática de Alleanza Nazionale, celebrada en Verona del 27 de febrero al 1 de marzo de 1998, al día siguiente del discurso en el que Fini había proclamado el fin de la era del enfrentamiento entre fascistas y comunistas, Berlusconi entregó a los participantes un ejemplar del *Libro nero del comunismo*, que la editorial Mondadori, que él controlaba, acababa de publicar, y pronunció desde el escenario un vibrante discurso contra los crímenes de sus enemigos políticos, afirmando que su evolución democrática era sólo aparente.
- 21 Mudde, 2007.
- 22 Diamanti, 1993.
- 23 Diamanti y Pregliasco, 2019.
- 24 Santaniello, 2023, p. 17.
- 25 <https://www.ilsussidiario.net/news/politica/2013/2/22/elezioni-2013-il-programma-ufficiale-di-fratelli-d-italia/366182/>
- 26 <https://www.fratelli-italia.it/programma-europa/>
- 27 Santaniello, 2023, p. 79.
- 28 Santaniello, 2023, p. 89, fig. 1.
- 29 <https://www.giorgiameloni.it/tesitrieste/>
- 30 <https://www.giorgiameloni.it/tesitrieste/>
- 31 Meloni, 2021, p. 226.
- 32 Meloni, 2021, p. 296: «El populismo es exactamente lo contrario [de la visión de FdI]. Es antivisión, la idea de que el papel de la política es complacer el estado de ánimo de la gente, perseguir los impulsos del momento, perseguir a la sociedad en lugar de dirigirla».

NOTAS

- ¹ Boezi, 2020; Frullani, 2020; Giubilei, 2020; Sabelli Fioretti, 2022. Más crítico es el sesgo analítico de Copertino, 2022, en particular pp. 61-106. Tras las elecciones, a este género literario se unió otro denigrante, con Palladino, 2023.
- ² Meloni, 2021.
- ³ Tarchi, 2018; De Giorgi y Tronconi, 2018; Castelli Gattinara y Froio, 2021; Zulianello, 2020.
- ⁴ Puleo y Piccolino, 2022; Donà, 2022; Ventura, 2022; Baldini, Tronconi y Angelucci, 2023; Sordel-Cedermas, 2022; Valbruzzi y Ventura, 2023; Vampa, 2023; Vassallo y Vignati, 2023; Ignazi, 2023, en particular pp. 439-452.
- ⁵ En la actualidad existe una vasta literatura científica sobre este tipo de partido. Fue inaugurada por Betz, 1994.
- ⁶ En el prefacio del volumen, Ignazi va aún más lejos, describiendo a los fundadores de Fratelli d'Italia como aquellos que no aceptan la «ocultación» de la ideología original y deciden «reavivar la llama», replicando la «mímesis» basada en la «subestimación y eufemización del régimen fascista». Véase Ignazi, 2023, p. 12.

